

TRAYECTORIA DE LA ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA

por Wigberto Jiménez Moreno

En dos ocasiones anteriores —1949 y 1954— se me encargó —como hoy— decir unas palabras con motivo de la inauguración de cursos y aprovechar la oportunidad para bosquejar la historia de esta Escuela, de la que actualmente soy el decano. En diciembre de 1962 el doctor Eusebio Dávalos Hurtado —el primer egresado de ella— publicó un breve relato intitulado "Veinticinco años de vida de la Escuela Nacional de Antropología e Historia" y en 1971 apareció la extensa obra del antropólogo físico Felipe Montemayor —"28 años de Antropología"— donde dio noticia del contenido de 164 tesis de maestría que se habían presentado en este plantel entre 1944 y 1971.

Recordemos brevemente algunos datos sobre el desarrollo del mismo desde 1939 en que fue creado para funcionar, como un departamento de la recién instaurada Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional. En el anuario de ésta pinto ese año —en que empezó a existir la carrera de antropólogo con dos especialidades: Antropólogo Físico y Antropólogo Social— se aclara la motivación de todo esto.

"Si se considera necesaria la creación de métodos naturalistas para el estudio de plantas y animales, mayor razón existe todavía por cuanto corresponde al hombre. Los cursos de la Escuela —carácter de la parte modular— si no se aborrecen la carrera de Antropólogo. Un somero examen de nuestra situación

actual en lo que respecta a estudios antropológicos, nos lleva al triste convencimiento de que no constituimos más que un apéndice de trabajo similares que se realizan en instituciones americanas, y que urge fomentar a toda costa el esfuerzo de independencia que en los últimos años viene llevando a cabo un contado número de investigadores mexicanos... en nuestro país hay temas intocados que aguardan la intervención de técnicos en Antropología, que con cariño y arraigo en México sepan abordar problemas como: el conocimiento de la composición humana de nuestra población indígena y problemas derivados para su incorporación cultural. El estudio de las condiciones económicas precolombinas y las transformaciones que se operaron con el nuevo régimen impuesto por la Conquista. Desconocemos nuestras constantes raciales, los grupos sanguíneos de las razas autóctonas que pueblan nuestro suelo, las bases científicas para resolver problemas de inmigración, demografía, etnoeconomía, etnología, etnografía, etc.; y aunque ha sido preciso enfrentarse con ellos, las más de las veces se opta por el criterio personal de gente impreparada que los resuelve a su arbitrio y en forma que sienta precedente para lo futuro. El momento social que vive el mundo, ha colocado al Antropólogo en situación que sustituye con ventaja al Sociólogo frente a los problemas colectivos. Tales fueron los móviles de la creación del departamento de Antropología del que procede la actual Escuela. Los cursos principiaron

en 1938 y como primer alumno se inscribió el doctor Dávalos, el primero en graduarse de nuestros estudiantes. Un grupo de personas de capacidad notoria integró la inicial promoción de ellos.

En el primer anuario del Departamento de Antropología de la precitada Escuela, aparecen como profesores —además del que habla— Alfonso Caso, Paul Kirchhoff, Pablo Martínez del Río, Miguel Othón de Mendizábal, Daniel F. Rubín de la Borbolla, Roberto Weitlaner, Federico Mülleried y Ada D'Aloja y se dice que allí se preparan especialistas en las ramas de Antropología Física, Arqueología, Etnología y Lingüística. Pero en ese mismo anuario —editado en mimeógrafo— aparecen listados otros maestros: Manuel Maldonado, Agustín Villagra, Demetrio Socolov, Efrén del Pozo y Armando Nicolau. Hay 18 materias obligatorias y 42 electivas. El "Jefe Ejecutivo" del Departamento era el doctor Rubín de la Borbolla, quien con gran acierto rigió nuestra Escuela hasta 1944. Le sucedió el doctor Pablo Martínez del Río que presidió un sano crecimiento de ella —auxiliado de 1946 a 1954 por el doctor Dávalos. Luego —de 1954 a 1958— por el etnólogo Fernando Cámara Barbachano, y al final por el antropólogo físico Felipe Montemayor. Este último, que había venido actuando como secretario y después como Subdirector, sucedió a Don Pablo al morir éste en 1963 y guió los destinos de este plantel —con Leonardo Manrique, desde 1965, como Subdirector

hasta que vino a reemplazarlo, en 1968, el etnohistoriador Carlos Martínez Marín. Por último, por un interinato de dos meses, del 11 de junio al 10 de agosto de 1971, lo dirigió el que habla.

Regresemos a los orígenes del mismo y, al hacerlo, recordemos que en agosto de 1939 se había firmado un plan de colaboración entre el Departamento de Antropología de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas y el Instituto Nacional de Antropología e Historia —recién fundado por el doctor Alfonso Caso— al cual se adhirió —en octubre del mismo año— la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, con lo que se aprovechaban las cátedras, laboratorios y bibliotecas de las tres instituciones. En 1940 salió el primer anuario impreso, correspondiente a 1941, y para entonces, además de los profesores ya mencionados, figuraban Norman MacQuown, Amancio Bolaño e Isla, Juan Comas, Julio Enrique (es decir, Jules Henry), Federico Gómez de Orozco, Gilberto Loyo, Salvador Mateos, Eduardo Noguera, Alberto Ruz, Morris Swadesh y Jorge A. Vivó. Este último —fallecido hace pocos días— fue quien con actitud apostólica y gran entusiasmo reclutó a la mayor parte de los excelentes alumnos de la primera hornada y después impartió cátedras desde 1939 hasta 1964. Le debemos un merecido homenaje.

En enero de 1942, la Escuela Nacional de Antropología —ya con este nombre— pasó a depender del Instituto Nacional de Antropología e

Historia y dos meses después ocupó parte del presente local del Museo de las Culturas, en Moneda 13, donde permaneció hasta 1959 en que se trasladó al edificio de enfrente, en Moneda 16, quedándose allí hasta después de haber sido inaugurado — en septiembre de 1964 — este soberbio Museo Nacional de Antropología, al que se le mudó y donde se encuentra alojada desde 1965.

En aquel mismo año de 1942 se celebró un convenio de colaboración entre la Escuela Nacional de Antropología y el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, mediante el cual los alumnos de uno y otro plantel podían aprovechar los cursos que se impartían en ambos. Luego, en 1944, la Escuela extendió su radio de acción a las Antillas y Centro y Sudamérica otorgando becas a estudiantes de allá y entonces se establecieron tres nuevas carreras — Biblioteconomía, Archivología y Museografía — pero las dos primeras se suspendieron en 1945. En este último año empezó a editarse por los alumnos la magnífica serie *Acta Antropológica* que fue muy bien acogida en el mundo científico. También publicaron los mismos en 1947, dos números de *Anthropos*, y a partir de 1952, otra revista — *Tlatoani* — que continuó hasta 1967, y que tuvo cinco suplementos. Desde 1975 vienen saliendo otras más: *Nueva Antropología* y (comenzando en 1976) *Apuntes de Etnohistoria*.

En 1946 se convirtió en Escuela Nacional de Antropología e Historia, y ya para 1949 había tenido que abarcar la mayor parte de las obligaciones que antes tenía El Colegio de México. Se crearon, en el primero de esos años, carreras de Historia Antigua, Colonial y Moderna, lo mismo que otra de Historia del Arte Mexicano, pero ésta última sólo duró, según parece, hasta 1948. La enseñanza de la Historia, como carrera, fue dejada en manos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM desde 1952. En compensación, habiendo pugnado el que habla porque se estableciera la especialidad de Etnohistoria, se logró esto en 1955 y uno de los pilares de

ella ha sido Carlos Martínez Marín, que la guió durante algunos años hasta serme confiada en 1977, auxiliado por Cristina Suárez y Jorge Gómez Poncet principalmente.

Desde 1951 se habían establecido cursos de Antropología Social por el interés que en ello mostró el doctor Alfonso Caso — quien dirigía el Instituto Nacional Indigenista — y por ello, desde 1955, dentro de la especialidad de Etnología, vinieron a existir las secciones de Antropología Social y de Etnohistoria.

Se habían modificado, en 1954, los *currículos* y de nuevo fueron reorganizados en 1958. En agosto de 1959 fue logrado un nuevo convenio de colaboración entre el ENAH y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1962 se establecieron exámenes psicopedagógicos de selección y de admisión. En 1965 la carrera fue ampliada a cinco años en vez de cuatro, entrando en vigor un nuevo plan de estudios desde 1966, que se acabó de conformar en 1967. Pero en este mismo año se tuvo el 12 de abril una Mesa Redonda en torno a una reestructuración sobre la base de una propuesta de Daniel Cazés.

La Escuela había extendido su radio de acción estableciendo cursos de invierno de diciembre de 1954 a enero de 1955 alrededor del tema "Integración de las Ciencias Sociales" y durante enero y febrero de 1956 sobre el tópico "La Comunidad Mexicana". Además, en esos primeros meses, en 1955, profesores de la ENAH impartieron cátedras en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de San Luis Potosí y lo mismo ocurrió en la Universidad del Sureste, en Mérida, durante julio y agosto del mismo año.

Entre 1944 y febrero de 1971 se produjeron 164 tesis, de las que una gran parte son de excelente calidad y es deseable que, al menos, algunas de las muchas que no han sido publicadas, lo sean porque su contenido es valioso y útil y por que ello redundará en mayor prestigio para nuestro instituto.

La calidad académica de la Escuela fue pronto bien reconocida en los medios científi-

cos nacionales e internacionales. Ojalá que se hubiera mantenido la sólida estructura que hizo posible alcanzar tan buena reputación, y que, desgraciadamente, ha venido agrietándose, sobre todo en los últimos ocho años en que éste plantel empezó a vivir sucesivas crisis de las que aún no se recupera.

La Escuela había celebrado con entusiasmo — a mediados de 1962 — sus bodas de plata, otorgando medallas de reconocimiento a quienes cumplieron 25 años de servicios, y justamente entonces empezaron a influir en sus destinos, como profesores — a medida que fueron graduándose entre 1961 y 1968 — miembros de una generación que era la más joven en la docencia — la de los nacidos entre 1929/30 y 1944/45 — a algunos de los cuales se les llamó "los siete magníficos". Era esta una promoción "plenirevisionista", es decir "cuestionadora", que tenía, por lo tanto, una actitud crítica, como puede advertirse en una obra polémica, editada hace nueve años bajo el rubro *De eso que llaman Antropología*.

En este plantel ha habido diferentes tendencias que se han sucedido; Desde 1938 hasta comenzar el año de 1942 predominó una corriente que prefería llamar "historizante", más bien que "historicista", y de ello fuimos responsables, entre otros, Caso, Kirchhoff, Martínez del Río, Mendizábal y el que habla. Se sintió desde 1942 — en que vino a dirigir las prácticas de nuestros etnólogos el doctor Sol Tax — la influencia del funcionalismo, que asumía originalmente una actitud ahistorica, pero las Mesas Redondas de Antropología — a partir de la primera, celebrada en 1941 — modificaron esa actitud e hicieron sentir a los funcionalistas la necesidad de apoyarse en la Historia. Síntoma de ello fue la reunión que se tuvo en Nueva York en 1949 y cuyos resultados se consiguen en *Heritage of the Conquest* editada por el propio Sol Tax. Para esta última fecha se había operado en nuestra Escuela — desde 1948 — el relevo de varios de sus primeros pro-

fesores por discípulos que habían ingresado por 1938/39. Uno de éstos — Pedro Armillas — que ya impartía cursos desde 1943, propagó los puntos de vista de Gordon Childe, influyendo en alumnos suyos, entre los cuales se destaca José Luis Lorenzo, educado luego en Inglaterra, quien comenzó a enseñar en el segundo semestre de 1955. Al año siguiente sustituyó a Armillas y fue maestro, entre otros, de Jaime Litvak de la generación "plenirevisionista" o "cuestionadora" antes citada. Y de este último estrato son Miguel Messmacher y Ricardo Ferrer d'Amara; este último ha escrito unas cortas páginas — aún inéditas — (entre 1967 y 1968) en que ha anotado las sucesivas tendencias imperantes en este plantel y ha señalado quienes, de entre los profesores, han dejado alguna huella entre los discípulos.

Desde hace doce o quince años se ha venido acentuando la necesidad que tenemos de repensar, replantear y reformar la herencia intelectual que recibimos. Tenemos que esforzarnos, además, en conciliar los procesos de continuidad y cambio, lo mismo que una dialéctica de unidad y pluralidad. Sabemos que en otras épocas — como al fin de la Edad Media — resultó infundido el "ergotismo" con que se repetían las ideas de Santo Tomás de Aquino, como si en su doctrina se hallase respuesta para todos los problemas. Cuidemos de que no suceda ahora algo semejante y abramos las puertas al pluralismo de ideas y de enfoques si queremos que la Antropología se vigore en México, si queremos, sobre todo, estar a la altura de nuestro tiempo y si deseamos que se conserve y crezca el alto prestigio que en anteriores años logró esta Escuela Nacional de Antropología e Historia.

México, D. F., julio de 1979.

* En el curso del presente año se celebraron uno de los sesenta y cinco años de fundación de la ENAH. En este número conmemorativo analizamos las mismas, con la ponencia presentada por el director de la escuela.